



Un Sobrio Estilo Para la Violencia

LA MÁS reciente novela de Clara Silva, Aviso a la población (Editorial Alfa, Montevideo, 1964, 161 páginas), tiene un obligado antecedente literario: Elroy, del chileno Carlos Dreguss, que en 1950 fue finalista del premio Biblioteca Breve, de Nueva York. El chileno partió de un personaje real, el finto Elroy, pero prescindió de por lo menos veinte años, que en julio de 1941 fue acribillado y asesinado por una patrulla política, después de haber cruzado con ella más de 150 disparos. A diferencia de Dreguss, la novelista uruguaya no confunde literariamente la base real de su anécdota, pero es evidente que la figura del Minzco no está sólo en la fotografía de la novela (también la sobreabundancia de Elroy constituía una nota periodística y masoquista); es además origen e inspiración del retrato de Walter Francisco López, el protagonista. Curiosamente, la novela chilena lleva como epígrafe un párrafo entrecortado (probable fragmento de una crónica policial sobre la muerte del Sinto) en el que se encuentra el contenido de los bolsones de Elroy, mientras que en el primer capítulo de la novela uruguaya aparece figura una descripción de lo que contiene la bolsa del protagonista, recién asesinada por la guerra política.

Las similitudes, en efecto, no se extienden a otros aspectos. En primer término, porque media una apreciable distancia temporal, geográfica y étnica, entre las respectivas figuras de carne y hueso que sirven de trasfondo a ambos creadores, y luego, porque cada uno de estos recoge la anécdota real a los dictados de su propia subjetividad, de su propia formación (y deformación) literaria, de sus particularidades artísticas, estilo y sensibilidad. La novela de Dreguss es (como a veces el autor me la ha leído para referirse a Elroy, y también, adelantándose a las posteriores experiencias de Carlos Fuentes, una persona segunda y positiva) un largo e inintermitente monólogo del protagonista, que a través de la larga noche de su destello final, piensa, murmura, recuerda, en un fascinante recuerdo aludido de las imágenes de su infancia y de su Rosa, puntualmente conocidas a partir de las desmemorias pero muy concretas evocaciones del presente. La situación está vista desde dentro del asesinado. El monólogo no expone ni justifica nada, pero posee una fuerza casi poética. La novela de Clara Silva está escrita en tercera persona y dividida en once capítulos. No es de ningún modo panfletaria, pero tiene un mensaje (el infanticidio es un producto del medio) a flor de página. De ahí que los distintos capítulos sean sucesivos penaltajes de la vida del protagonista. En tanto que Elroy es virtualmente feliz en su vida familiar (el monólogo pormenoriza con deleznación el apego a su mujer y a su hijo) y ha accedido a la violencia casi por error, el protagonista de Aviso a la población se va formando entre focos de degradación y corrupción, en tugurio y cárcel a cuál más miserable. Elroy tiene muy claros sus objetivos, en tanto que, para Walter Francisco López, todo es oscuro, confuso, incierto. En su caso no corresponde hablar de un simple ensueño; su infancia se abrecho en un verdadero empalme de traumas morales.

Aviso a la población es la tercera novela de Clara Silva; anteriormente había publicado La sobreviviente, 1951, y La abuela y los perros, 1952. (Sobre su producción poética,

ver nota publicada el 28 de agosto pasado, en esta página, bajo el título: Desde el silencio de Dios hasta el eco del prófugo). En varios aspectos, la reciente novela significa un cambio sustancial en la trayectoria de la autora. En la sobreviviente, las influencias no habían sido cuidadosamente asimiladas y, pese a algún capítulo hábilmente diseñado, el conjunto carecía de la necesaria coherencia. En La abuela y los perros pudo advertirse la presencia de un creador más seguro de sus medios expresivos, más seguro en su actitud humana, más fiel a las reglas que había decidido adoptar. Aunque era válido el legado del antiguo roman y su afán objetivista, la novela resultaba algo así como la cinta grabada de una conciencia; la línea e importante objetividad de la autora consistió en hacer imaginario, en haber creado tal conciencia ficticia, pero a partir de esa novela, la narración se volvió subjetiva, fuertemente, como vez (y como eco) de una conciencia individual. Junto a imágenes verdaderas, se abriendo intento trazo exuberante y deslumbrante que rebajaban su nivel artístico.

Si se le compara con aquella colda experiencia anterior, Aviso a la población representa un notable progreso. Por primera vez Clara Silva prescinde de ciertos artificios que perjudicaban su ritmo narrativo; por primera vez su periplo emocional sigue una trayectoria nítida y lleva adelante un propósito claramente delineado: por primera vez novela su estilo a una implacable, sacrificada sobriedad. Paradójicamente, este lenguaje más riguroso, esta visión más severa, este rigor más consciente, confieren a su prosa una fuerza literaria y una posibilidad de concreción, que no tenían sus novelas anteriores, de más explícito hecho. En el tan mencionado ritmo del existencialismo, Aviso a la población es, propiamente una operación inversa a El abuelo y los perros. Si en su segunda novela, Clara Silva creaba objetivamente una conciencia ficticia, para luego, desde ésta, formular un relato subjetivo sobre un campo por lo que una actitud subjetiva (la postura frente al problema social que empuja al libro por su desarrollo) para brindar un planteo objetivo, que sólo y provisionalmente parece acercarse al el capítulo final, con la aparición, ya no del Viejo como personaje, sino de la palabra de Dios que según sigue a transmitir. Poco luego, cuando el muchacho, desmembrado, con los brazos en alto, sale a la intemperie y es acribillado por la rigurosa política, la derrota es sólo una; es también de la misma mano el momento del Viejo. Así, gracias a su clara objetividad es más fuerte. En desarrollo, que en cierto modo entra en coherencia con la postura religiosa de la autora, me parece la prueba del triunfo de su objetivismo. Esta vez, Clara Silva ha visto, con dolorosa claridad, que las experiencias más frías y más pesadas son las que más profundamente destruyen la realidad. Y es, precisamente, que en la potencialidad de significar un destino, en la liberación que sigue al mundo y la posibilidad de un evidente futuro.

De lo que se reprochaba a Clara Silva que su novela no atravesara estratos profundos de lo social, sin embargo, esto no importa, la demostración hay que tener presente que se trata de una novela, no de un ensayo sociológico. Aunque el origen de su anécdota se remonta a la crónica política, la verdad es que el creador no duda por qué ser es.



compulsivamente fiel (y en este caso no lo es) a la larga nómina de acontecimientos y motivaciones. Los hechos cuentan sus propias cosas para la estadística, pero también son formidables provocaciones para el arte. Pellico, reformaciones, juramentos, posturas, le hablan a Clara Silva de manera, como los semáforos azules que enseñan ser, sino sobre todo como desfilan en vitrales, presagios, que de algún modo destruyen contradicciones y desvían de su estructura literaria. La novela tiene un creador, Walter Francisco López, y el resto es el creador, contemporáneo, realista. Hay dos temas que actúan sobre el modo de observar: el destino y el error. El primero es la fuerza de una fuerza y, en consecuencia, el segundo, es el modo de sus desvíos. En la novela de López, en el reformatorio, en la policía, todos lo tratan a puntapiés, todos lo van pasando hasta el límite. Entonces el caso se convierte en el único caso, en la sola posibilidad de goce en lo más profundo a la salvación. En ese modo, todo adquiere una connotación sexual. Walter Francisco López se expresa con el revólver y "es un proceso rápido, magnético, de voluptuosidad, machos, pasión vital. Es un instante de apuroso erotismo". En el reformatorio esta obligado a trabajar la tierra, y la pala "se abre en ella con un furor renovado de potencia toda entera, abría, humillaba, destruía, buscando la firmeza de su estrato". Aún en el último capítulo, el decisivo, inclinado hacia el Viejo, viene a brotar, a cubrir de piedad esa posibilidad, ya liberada, de salvación por el destino.

El capítulo más débil es el último no tanto por la aparición del alucinado Viejo sino por las penaltajes del protagonista. Al desarrollar el caso aparece demasiado ordenado de las cosas peripetias, ya relatadas en el resto del libro, la autora dice, muy al descubierto el artificio y, por ende, su improbabilidad. Pero la novela no le da un ritmo y tiene algunos capítulos (sólo el primero; Total, los demás; Jura de mujeres) de suficiente fuerza. Con un tema religioso, de raíces presagiosas y tendenciosas confesiones, Clara Silva ha escrito sin embargo una obra artísticamente válida. No sólo el más logrado de sus libros, sino probablemente la mejor novela uruguaya de las últimas décadas.

MARIO BENEDETTI

La Muestra, Montevideo, 23-X-1964 p. 10.

Un sobrio estilo para la violencia [artículo] Mario Benedetti.

Libros y documentos

AUTORÍA

Benedetti, Mario, 1920-2009

FECHA DE PUBLICACIÓN

1964

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Un sobrio estilo para la violencia [artículo] Mario Benedetti.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile